

# LA AZUCENA.

REVISTA QUINCENAL

DEDICADA A LOS AMANTES DE LAS CIENCIAS, LETRAS Y ARTES,

Y ESPECIALMENTE

AL BELLO SEXO.



Esta REVISTA se publica  
los días 15 y último de cada mes.  
Se remite á la Isla franca de porte.

DIRECTOR PROPIETARIO,  
DON ALEJANDRO TAPIA Y RIVERA.  
S. Sebastian-75.  
PUERTO-RICO.

Precio de la suscripcion.  
12 rs. ctes. por trimestre adelantado.  
Solo se admite suscripcion por trimetre.

## CARTA DE JULIA A GRACIELA.

Puerto-Rico, Mayo 12 de 1,875.

Queridísima amiga: Desde mi anterior acá no ha ocurrido variacion alguna ni siquiera la de la lluvia tan deseada. No parece sino que el Sr. Mayo, generalmente iniciador de las aguas, se nos quiere escurrir muy sério, dejándonos tan á secas como nos encontró.

En cuanto á novedades, artísticas por ejemplo, la compañía de Valero ya en son de despedida; pues está como quien dice con el pié en el estribo para ausentarse de esta Capital, va á terminar el abono de doce funciones, faltas ya de aquella concurrencia numerosa de la anterior temporada; lo que es de sentirse, como te dije en mi precedente.

Deseosa aquélla de atraer al público, se decidió á darnos la representacion del drama ó tragedia de la Avellaneda, *Baltasar*, obra que ya por su mérito, ya por el de la ejecucion; por su bien dispuesto aparato y por lo bien ensayada que se puso, debió haber sido mas favorecida de lo que fué por el público; pues sus tres representaciones, aunque con lleno la primera, no han correspondido en punto á concurrencia, como esperaba y tenia derecho á esperar la empresa, dados los desembolsos que ha tenido que hacer para exhibir dignamente esta produccion.

En *Baltasar* hemos visto á aquel famoso rey de Babilonia, que llamado á gozar sin oposicion alguna el fruto de las conquistas de su padre Nabucodonosor, se hastía á fuerza de ocio y de placeres, y desdeña el gobierno; juzgando á toda la humanidad tan despreciable como aquellos hombres que le deifican y aquellos placeres que le cansan. Y como dudando del perfeccionamiento moral de la Humanidad, se llega á dudar del bien, y por consiguiente de Dios, *Baltasar*, que no cree sino en la fuerza, concluye por no hallarla ni siquiera en los dioses con quienes sus vasallos envilecidos pre-

tenden por miedo y adulacion compararle y confundirle.

*Elda*, una judía desposada en secreto con *Rúben* compatriota suyo, y cautivos ámbos en Babilonia, resisten aquel poder hasta entónces obedecido y adulado servilmente; y ante el amor que la resistencia de la judía despierta y el valor que la rebeldía de *Rúben* excita en *Baltasar*, halla éste su corazon que creía muerto, y el hombre se encuentra por primera vez dentro de sí mismo: es decir, se revela el alma. Con el deseo muere el hastío, con el amor despierta la vida, con la presencia de dos almas, de dos virtudes, de dos conciencias que no ceden, vislumbra la fuerza su impotencia para someter lo que no puede someterse sino con el amor: los corazones.

Pero ay! de aquellos pobres amantes, cuando el déspota babilonio, juzgándose engañado al saber que son esposos los que tenia por hermanos, vuelve á caer en el vacío de su descreencia y de su tedio! *Rúben* es entregado al furor del populacho, ensañado contra los judíos, y *Elda* pierde el juicio ante esta terrible desgracia; pero ay! tambien del pueblo asirio, porque la medida de su corrupcion está colmada, y ay! tambien de su rey, cuya negligencia recoge el fruto! El persa cae de sorpresa sobre Babilonia, y halla á *Baltasar* en su festin memorable.

Entónces, muere combatiendo y queda sepultado entre las ruinas de su palacio, que incendiado por su madre, le sirve de urna cineraria: murió como aquel de sus antecesores, el sibarita *Sardanápalo*, aunque éste, ántes de tomarse el trabajo de combatir, esperó la hora postrera encerrado en su harem con sus mujeres.

No te hablaré de la bella versificacion de esta tragedia, porque aunque digna en lo general, de la célebre poetisa y de su obra, pienso con *Racine* que solia exclamar: "ya tengo hecha mi tragedia y solo me faltan los versos."

No haré incapié en que la fisonomía moral de los hebreos que allí se pintan, tiene en mi humilde concepto, mas de cristianos de la época de las persecuciones que de judíos: toda vez que el exclusivismo israelita no me parece muy compatible con el tinte cosmopolita que allí se advierte, ni con la doctrina del perdón y fraternidad universal que brotó del Gólgota; aunque pintados de este modo los judíos, cuyo sello peculiar era el monoteísmo, el odio al extranjero y la condenación de los ídolos, y fundidos en el molde esencial del cristianismo, el primero y tercero de aquellos elementos, es decir, el monoteísmo y anti-idolatría; resulte mas marcado el contraste entre la civilización idólatra, politeísta, poligámica y sensual del Oriente que se derrumbaba en parte con Baltasar y Babilonia, y la opuesta civilización que debía vivificar al Occidente á través del platonismo que la habia preparado.

Esta y alguna otra observación que la obra pudiera sugerir, no la despojarían, á mi ver, de su carácter de obra bella y digna de contarse entre las mejores de nuestra galería dramática moderna. Pero lo que en mi concepto, presta mejor timbre artístico á esta producción, es la bella *universalidad* que la autora ha sabido dar á la figura de Baltasar. Este, sin perder la fisonomía peculiar que le da la historia y con que debemos concebir al monarca asirio; puede decirse que no es un hombre, sino el hombre, esto es, la síntesis de una sociedad entera, la humanidad, que no procedería de otro modo, á encerrarla en las estrechas premisas del poder oriental, del sibaritismo y la descreencia que pesasen como losa de plomo sobre el alma. La de Baltasar accesible, como la del hombre bajo el punto de vista típico, á lo bueno y á lo bello, dormía en aquel cuerpo como el cataleptico aletargado en el seno de suntuoso y aromático sepulcro. Rota la cadena de aquel sueño, Baltasar es hombre, es el hombre; pero ay! la cadena le aprisiona de nuevo, cuando la fé que comienza á renacer desaparece sin haber tenido tiempo de fortalecerse! El medio social, como centro maléfico le atrajo, y el hombre descreído, á la primera duda, á la primera negación, tornó á su elemento, el vacío, á su letargo, á su suntuosa tumba de donde no pudo salir sino galvánica y accidentalmente. Oh! sí, el Oriente debía morir.

Pero, volvamos al mecanismo del drama. — En cuanto á la ejecución, Valero fué el verdadero intérprete de este tipo *odioso y bello* al mismo tiempo. La Cayron como siempre á digna altura. La compañía en general, salvo alguna individualidad y alguno que otro momento, trabajó bien y con esmero. Los comparsas vestidos con propiedad y ensayados con hábil precisión, así como todo lo demás. La tramoya y decorado como nunca en nues-

tro maltrecho escenario, no hicieron desmerecer la obra. Lástima es que cuando la madre de Baltasar pone fuego al palacio y termina Daniel su profecía mesiánica, no caiga el telón sin dar lugar á que los comparsas corran por la escena. La fuga pavorosa en el teatro es cómica, y ni hecha por actores dejaría de desnaturalizar lo serio de una catástrofe.

A la representación de *Baltasar* ha seguido la de los dramas *Lázaro el mudo* y *La vida de un jugador*. Uno y otro, como suelen estas producciones del género bastardo, no son mas que un conjunto no siempre bien hilado de peripecias ó *golpes de teatro*, sin otro objeto que el de producir la sensación de la curiosidad ó la sorpresa en los espectadores. Hubo un tiempo en que esta clase de obras, de ruda forma, gustaban, aunque nunca debieron considerarse como buenas, toda vez que no constituyen el arte verdadero y elevado.

La empresa de Valero deseando halagar todos los gustos, dió estas obras, y anoche puso *Violetas y Girasoles*, comedia insulsa en que el retrúcano pretende suplir el vacío de asunto, y en que el resorte de la peripecia final estriba en la falsedad de un documento extendido en papel de una fábrica que no existía á la fecha de su otorgamiento; para esta *gran* peripecia y solo para ella, figura en la obra desde el principio el fabricante del papel en su doble calidad de fabricante y juez de paz: resorte digno de tan frívola y desmañada comedia.

Para el juéves anuncia su despedida la Compañía con el beneficio de la Cayron.

La deseo el merecido provecho y los aplausos que para tan simpática actriz son cosa de costumbre.

Hablemos ahora de la misa de Gutierrez. Estrenóse aquí la en nuestra Catedral el día de la Ascension, y ha merecido la aprobación de los inteligentes. Buenas y nutridas armonías, respetiva concordancia con las partes de la misa y carácter verdaderamente religioso. En el Credo figura en son de *onomatopeya*, algun bello efecto de ruido bastante ingeniosamente aplicado.

Adios y hasta mas ver.

JULIA.

## LAS HOJAS DE LA FLOR.

DEDICADA

Á LA BELLA MERCEDES M. DE O.

Por sus dedos desprendidas,  
unas hojas, de una flor,  
vinieron estremecidas  
á ser por mí recogidas  
con cariño, con amor:



Trémulas y palpitantes,  
grato perfume esparciendo,  
las contemplé unos instantes;  
mas ¡ay! pronto sus brillantes  
encantos fueron perdiendo.

A medida que pasando  
fué el tiempo en veloz corrida,  
mas tristes fueron quedando;  
y fuéronse marchitando  
hasta quedarse sin vida.

Al contemplarlas así,  
y al recordar que de tí  
las recibí tan lozanas,  
unas ideas tiranas  
se apoderaron de mí.

Pensé que esas hojas yertas  
son las imágenes ciertas  
de ilusiones muy queridas;  
por la mañana, floridas,  
y por la tarde, ya muertas ....

Pensé que como la flor  
que no dura mas que un día;  
es, Mercedes, el amor:  
¡pobre la niña que fía  
en que es eterno su ardor!

Pensé que es triste vivir  
con hiel en el corazón;  
pero que lo es más morir  
un desengaño al sufrir  
por muerte de una ilusión.

Pensé que es triste aspirar  
á gozar un paraíso,  
y no poderlo alcanzar;  
pero que lo es más llegar  
para caer de improviso.

Pensé... pensé tanto y tanto,  
que imaginarlo no puedes;  
y sufrí tal desencanto,  
que á mis pupilas el llanto  
acudió, bella Mercedes.

De contarlo, pues, desiste  
por no sufrir mas congojas  
el vate... ¿Vés lo que el triste  
pensaba al mirar las hojas  
de una flor que tú le diste?

ANTONIO HERNANDEZ PEREZ.

Cuba, Agosto 1,873

## MIS TRES AMORES.

El primero fué una niña  
dulce, buena, y candorosa,  
entusiasta, y generosa,  
una flor de la campiña.

Y aunque la niña era así  
de su amor con la fragancia,  
la dulce paz de la infancia  
para siempre la perdí.

El segundo, fué un delirio,  
vertiginoso mareo,  
calenturiento deseo  
que mas que amor, fué martirio.

Pasó, y me dejó en herencia  
que hoy á comprender acierto,  
el corazón mas experto,  
y el alma sin inocencia.

Con el tercero, volé  
mi alma al dintel de los cielos,  
y al realizar mis anhelos,  
la muerte me la quitó.

Y como el hombre no alcanza  
el mas allá de la muerte,  
vino á brindarme la suerte  
un dolor sin esperanza.

Pues perdí con el primero  
la calma de la existencia,  
al segundo, la inocencia,  
y la esperanza al tercero;

Disculpeme pues en calma  
el amor, si con dolor;  
le doy tan solo al amor  
lo que me queda en el alma.

José Gautier y Benítez.

## LIORNA.

Ciudad y puerto de mar perteneciente al ducado de Toscana, está situada sobre el Mediterráneo á 16 leguas de Florencia que es la capital. Era un puerto romano, pero no conserva ninguna huella de su antigüedad. Sin embargo, Ciceron lo designa con el nombre de Labronis. En 1,392, Liorna que no era sino una aldea abierta por todas partes, fué amurallada por la república pisana, que sin prevision, se creaba en ella una rivál.

Las calles de Liorna son en general rectas y bien enlosadas, y la parte septentrional de la ciudad está cruzada de canales como Venecia. Las iglesias, que son en número de once, no tienen nada de particular. Como hay libertad de cultos, el viajero puede visitar además dos iglesias griegas, un templo armenio y una sinagoga, cuya disposicion y estilo son muy notables. Posee Liorna dos teatros cuya arquitectura es justamente estimada: el mas moderno se llama Carlo-Ludovico; pero en vano buscaría el viajero monumentos ni obras maestras de las artes. Solo hay una estatua de mármol blanco de Fernando 1.º fundador de la nueva Liorna, y lo que llama la atencion de los conocedores no es por cierto la estatua; cuyo dibujo, ejecucion y movimientos son por lo menos muy medianos; sino cuatro figuras accesorias de bronce, que representan cuatro esclavos africanos, desnudos y de diferentes edades. La expresion de estas figuras, en qué se ve al vivo el dolor y la resignacion, es verdaderamente admirable.

La poblacion de Liorna, comprendidos sus vastos arrabales, subía á cerca de 80,000 almas; cuya quinta parte al menos se compone de judíos. Hay además una gran poblacion flotante compuesta de viajeros y negociantes de todas las naciones del globo. Su puerto, que es vasto y profundo, pasa por muy seguro, y por su movimiento mercantil es el segundo del Mediterráneo.

Liorna está situada al Norte y al Medio-

dia de risueñas colinas cubiertas de viñas y olivares; costeano el mar á la izquierda se encuentra á Montenero, otra colina sembrada de lindas casas de campo, y sobre cuya cima descuellan la iglesia de la *vergine* notable por la riqueza y variedad de sus mármoles. Hacia Montenero dirigen de ordinario los liorneses sus paseos, porque desde lo alto de la colina se perciben en lontananza las costas de *Capraja*, de la *Gordona*, de la isla de Elba, y cuando el tiempo está muy sereno, hasta las montañas de Córcega.

Fuera de la ciudad está el cementerio protestante llamado de los Ingleses, rico en fastuosos monumentos y en sentidos epitafios. Liora encierra manufacturas de diversas especies; pero merecen particular mención las de coral que se pesca en las costas de Córcega y Cerdeña.

Los viajeros van ordinariamente de Liora á Pisa, aún cuando no entre esta ciudad en su plan de viaje, por la gran facilidad y economía que ofrece el camino de hierro que une, por decirlo así, ámbas ciudades.

#### CUENTO DE EDGARDO POE.

#### DOBLE ASESINATO.

(Continuacion.)

Alberto Montani, confitero, declara que fué de los primeros que subieron la escalera; y oyó las dos voces. La ronca era de francés; ha percibido algunas palabras. La persona que hablaba parecía que dirigía reprensiones. No ha podido adivinar lo que decía la voz aguda; pues hablaba muy aprisa y á sacudidas. Cree que era la voz de un ruso. Por lo demás confirma las declaraciones anteriores. Es italiano, y confiesa que nunca ha hablado con ruso alguno.

Algunos testigos, llamados al efecto, certifican que las chimeneas en todos los aposentos son en el cuarto piso demasiado estrechas para dar paso á un sér humano. Cuando han hablado de deshollinadores se referían á esos cepillos de forma cilíndrica de que se hace uso para limpiar las chimeneas. Esos cepillos se hacen pasar de arriba abajo en todos los tubos de la casa. No hay por la parte de detras paso alguno que haya podido favorecer la fuga del asesino mientras que los testigos subían por la escalera. El cuerpo de la señorita Espanaye estaba tan sólidamente metido en la chimenea, que para sacarlo de allí fué preciso que cuatro ó cinco de los testigos reuniesen sus fuerzas.

Pablo Dumas, médico, declara que fué llamado al romper el día para examinar los cadáveres. Los dos estaban tendidos en la cama

en el cuarto en que fué encontrada la Señorita Espanaye. El cuerpo de ésta aparecía magullado y desollado en parte. Estas particularidades se explican claramente por el hecho de su introducción en la chimenea. La garganta estaba notablemente desollada. Debajo de la barba tenía varios rasguños profundos, con una línea de manchas lívidas, evidentemente de las resultas de la presión de los dedos. El rostro estaba horriblemente descolorido, y los globos de los ojos le salían de la cabeza. La lengua estaba medio cortada. Una ancha contusión se manifestaba en la cavidad del estómago, producida, según apariencias, por la presión de una rodilla. En concepto del señor Dumas, la señorita Espanaye ha sido estrangulada por uno ó más individuos desconocidos.

“El cuerpo de la madre estaba horrorosamente mutilado. Todos los huesos de la pierna y del brazo izquierdo mas ó menos fracturados, rota á pedazos la tibia y las costillas del mismo lado. El cuerpo horriblemente contuso y descolorido. Era imposible decir con qué instrumento habían sido dados aquellos golpes: solo una pesada maza, ó una ancha palanca de hierro, un arma gruesa, pesada y contundente pueden haber producido semejantes resultados, siendo manejados dichos instrumentos por las manos de un hombre excesivamente robusto. No hay mujer que con arma alguna pueda causar semejantes contusiones. La cabeza de la difunta, cuando el testigo la vió, estaba enteramente separada del tronco, y con el rostro singularmente desfigurado. Es evidente que la garganta había sido cortada con un instrumento muy afilado, probablemente con una navaja de afeitar.

“Alejandro Etienne, cirujano, ha sido llamado al mismo tiempo que el señor Dumas, para examinar los cadáveres; confirma la declaración y la opinión del señor Dumas.

“Aunque otras varias personas han sido interrogadas, no se ha podido obtener otro resultado importante. Si es que ha habido verdaderamente asesinato, nunca, nunca se ha cometido en París otro tan misterioso y embrollado.

“La policía ha sufrido una derrota; caso muy inusitado en asuntos de esta naturaleza.”

La edición de la tarde decía que reinaba en el barrio de San Roque una agitación permanente; que la casa y sus alrededores habían sido objeto de un segundo exámen; que de nuevo se había interrogado á los testigos, pero sin resultado. Sin embargo, una última hora anunciaba que Adolfo Lebon, el dependiente de la casa de comercio, había sido encarcelado, si bien de los hechos conocidos nada aparecía contra él.

Dupin parecía interesarse de una manera notable en el curso de este negocio, á juzgar á



lo menos por su conducta; pues no hacía comentario alguno.

Solo despues que el periódico hubo anunciado la prision de Lebon, fué cuando me pidió mi parecer relativo á este doble asesinato.

No pude menos de confesarle que yo estaba como todo Paris, y que lo consideraba como un misterio insoluble; no veia medio de descubrir el asesino.

—No debemos juzgar de los medios posibles, repuso Dupin, por esta instruccion embrionaria. La policia parisiense, tan encomiada por su penetracion, es muy astuta, y nada mas. Procede sin método, no tiene otro método que el del momento. Se suelen tomar muchas medidas; pero las mas de las veces son tan intespestivas, tan mal apropiadas al objeto, que hacen pensar en M. Jourdain, que pedia la *bata para oír mejor la música*. De vez en cuando los resultados no dejan de ser sorprendentes; pero por lo regular son debidos á la inteligencia y á la actividad, y en los casos en que estas facultades son insuficientes, los planes se frustan. Vidocq, por ejemplo, era bueno para adivinar, era hombre de paciencia; pero su pensamiento carecia de la educacion necesaria; el ardor mismo de sus investigaciones le hacía equivocar continuamente el camino. Disminuia la fuerza de su vision mirando el objeto de demasiado cerca. Puede que viera dos ó tres puntos con singular limpieza; pero por el mismo hecho de su proceder, perdía el aspecto del negocio abarcado en su conjunto. Esto puede ser considerado como el medio de ser demasiado profundo; pero la verdad no se halla siempre en un pozo, y por lo que hace á las nociones que nos interesan de mas cerca, creo que se halla invariablemente en la superficie. La buscamos en el fondo del valle, y la encontramos en la cumbre de la montaña.

Contemplando los cuerpos celestes, se encuentran ejemplos y muestras excelentes de esta clase de error. Dirigid á una estrella una rápida mirada, miradla oblicuamente (volviendo hácia ella la parte lateral de la retina mucho mas sensible á una luz débil que la parte central), y vereis la estrella distintamente; podreis apreciar todo su brillo, brillo que se oscurece á medida que dirigis de lleno vuestra vista hácia ella. En el último caso cae sobre el ojo, un número mayor de rayos, al paso que en el primero hay una receptibilidad mas completa, una susceptibilidad mucho mas viva. Una profundidad desmedida debilita el pensamiento y le deja perplejo; y es posible que se haga desaparecer al mismo Vénus, por una atencion demasiado sostenida, demasiado directa.

En cuanto á ese asesinato, hagamos un exámen ántes de formarnos una opinion. Una pesquisa nos servirá de diversion (esta palabra

me pareció extravagante aplicada al caso de que se trata, pero guardé silencio) y ademas Lebon me hizo un favor al cual no quiero ser ingrato. Iremos á la casa, lo examinaremos todo con nuestros propios ojos. Conozco á G.... perfecto de policia, y obtendremos sin dificultad la autorizacion necesaria.

Se nos dió permiso y nos dirigimos á la calle de Morgue. Es uno de esos miserables pasajes que unen la calle de Richelieu á la de San Roque. Era por la tarde y empezaba á hacerse de noche cuando llegamos; pues aquel barrio se halla situado á mucha distancia del que habitábamos nosotros. No tardamos en hallar la casa, gracias á una multitud de gente que desde el otro lado de la calle, contemplaba las ventanas cerradas, con la mayor curiosidad.

Era una casa como todas las de París, con puerta cochera á uno de cuyos lados había un nicho con vidrieras, representando la habitacion del portero. Antes de entrar, seguimos calle arriba doblando la esquina y pasamos á la parte trasera de la casa. Dupin iba observando los alrededores y la casa con una atencion minuciosa, cuyo objeto no podia yo alcanzar.

Retrocedimos hácia la fachada del edificio, llamamos, y exhibiendo el permiso que llevamos, los agentes nos dejaron entrar. Subimos hasta el cuarto en donde había sido encontrado el cadáver de la señorita Espanaye, y en donde yacían aún los dos cadáveres. El desórden de la habitacion había sido respetado, como suele hacerse en tales casos. Yo no ví mas que lo que había ya leído en la *Gaceta de los tribunales*.

Dupin lo analizaba minuciosamente todo, sin exceptuar los cuerpos de las víctimas. Pasamos en seguida á otros aposentos y bajamos á los patios, acompañados siempre por un genearne. Este exámen duró mucho tiempo, y era ya de noche cuando salimos de la casa. Al regresar á nuestra habitacion, mi compañero se detuvo algunos minutos en la oficina de un periódico.

Ya he dicho que mi amigo tenía los caprichos mas raros, y yo le dejaba *despacharse á su gusto*.

Uno de estos fué negarse á hablar del asesinato hasta la mañana del dia siguiente. Entonces fué cuando me preguntó de repente si había notado algo de *particular* en el teatro del crimen.

Habiendo en su modo de pronunciar la palabra *particular* un acento que me hizo estremecer sin saber porqué.

—No, nada de particular, contesté; nada mas que lo que ya sabía por el periódico.

—La *Gaceta*, contestó, no ha penetrado el horror insólito del negocio; pero dejemoa

las opiniones tontas de ese papel público. Me parece que el misterio es considerado como insoluble por la misma razón que debiera hacerlo mirar como fácil de resolver; quiero hablar del carácter excesivo bajo el cual aparece. La noticia está confundida por la ausencia aparente de motivos que legitimen, no el asesinato en sí mismo, sino la atrocidad del asesinato. Están también embarazados por imposibilidad aparente de conciliar las voces que reñían con el hecho de que en la parte superior de la escalera, no se ha encontrado más que á la señorita Espanaye asesinada, y que no había medio de salir sin ser visto por los que subían la escalera. El extraño desorden del cuarto, el cuerpo introducido con la cabeza baja en la chimenea, la horrible mutilación del cuerpo de la madre, estas consideraciones, agregadas á las que he mencionado, y á otras de que no necesito hablar, han bastado para paralizar la acción á los agentes del ministerio, y para derrotar completamente su tan decantada perspicacia. Pero cabalmente siguiendo estas desviaciones del curso ordinario de la naturaleza, es como la razón encontrará su camino y se dirigirá hacia la verdad. En investigaciones del género de la que nos ocupa, no conviene tanto preguntarse, como estudiar en qué se distinguen de todo cuanto ha sucedido hasta el presente. En breves palabras, la facilidad con que llegaré, ó he llegado ya á la solución del misterio, está en razón directa de su insolubilidad aparente á los ojos de la policía. Miré á mi hombre con silenciosa admiración.

—Aguardo ahora, prosiguió echando una mirada á la puerta del aposento, á un individuo que aunque no sea quizás el autor de esa carnicería, ha de hallarse implicado en su perpetración. Es probable que sea inocente en la parte atroz del crimen y espero no equivocarme en esta suposición, por cuanto llevo fundada en ella la esperanza de descifrar todo el enigma. Aguardo qué á mi hombre en este cuarto de un momento á otro. Puede ser que no venga, pero hay muchas probabilidades de que no faltará. Si viene será preciso que nos apoderemos de él, tomad estas pistolas; ya sabéis para que sirven cuando la ocasión lo exige.

Tomé las pistolas sin saber lo que hacía, pudiendo apenas dar crédito á mis oídos, mientras que Dupin continuaba á poca diferencia como si recitara un monólogo. He hablado ya de sus maneras distraídas en casos semejantes. Me dirigía la palabra á mí; pero su voz aunque elevada á un diapason ordinario, tenía la entonación de los que hablan con alguno que está á una gran distancia. Sus ojos llenos de una expresión vaga no miraban más que á la pared.

Las voces reñían, decía, las voces que oyeron los que subían la escalera no pertenecían á aquellas pobres mujeres; esto queda más que

probado por la evidencia, y nos desembaraza de la cuestión de saber si la madre asesinó á la hija suicidándose en seguida.

—No hablo de este caso sino por amor al método; pues la fuerza de la señora Espanaye no habría bastado para introducir el cuerpo de su hija en la chimenea, en la posición en que ha sido encontrado; y la naturaleza de las heridas descubiertas en su propia persona, excluye enteramente la idea del suicidio. El asesinato ha sido cometido por tercera persona, y las voces de ésta son las que se han oído reñir.

Permitidme que llame ahora vuestra atención, no hacia las declaraciones relativas á estas voces, sino sobre lo que hay de particular en las tales declaraciones. ¿Habeis observado en ellas algo de particular?

—Observé que al paso que todos los testigos convenían en que la voz gruesa era de francés, discordaban notablemente en cuanto á la voz aguda ó áspera como la había llamado un solo individuo.

—Esto constituye la evidencia, dijo Dupin, pero no la particularidad de la evidencia. Nada habeis observado de distintivo, y sin embargo había algo que observar. No olvidéis que los testigos están de acuerdo relativamente á la voz gruesa, en esta parte hay una particularidad que no consiste en el desacuerdo de los testigos, sino en que cuando un inglés, un italiano, un español, un holandés tratan de describirla, cada uno de ellos habla como de una voz de extranjero: cada uno de ellos está seguro de que no era la voz de un compatriota suyo.

Cada uno la compara, no á la voz de individuos, cuyo idioma le es familiar, sino todo lo contrario. El francés presume que era voz de español, y habría podido distinguir algunas palabras á estar familiarizado con el español. El holandés afirma que era voz de francés; pero sabemos que por no saber este testigo el francés ha sido interrogado por medio de intérprete. El inglés piensa que era voz de alemán, y no entiende el alemán. El español está positivamente seguro de que era voz de inglés; pero juzga únicamente por la entonación, pues no tiene conocimiento alguno de esta lengua. El italiano cree que era voz de ruso; si bien nunca ha hablado con una persona natural de Rusia. Otro francés difiere sin embargo, del primero, y está cierto de que era voz italiana; pero como no conoce este idioma, hace como el español, infiere su certeza por la entonación. ¿No os parece en vista de estas declaraciones, que la tal voz había de ser muy insólita. No os parece muy particular una voz por cuya entonación ciudadanos de las cinco grandes partes de Europa no hayan podido conocer que les fuese familiar? Quizás me direis que era la voz de un asiático ó de un africano; pero los asiáticos



no abundan en París, y sin que me atreva á negar la posibilidad del caso, llamaré simplemente la atencion sobre tres puntos.

Un testigo ha dicho que la voz era *mas bien áspera que aguda*. Otros dos hablan de ella como de una voz breve y sofrenada. Estos testigos no han oido palabras algunas solo sonidos parecidos á palabras.

Ygnoro, prosiguió Dupin, qué impresion he podido hacer en vuestro pensamiento, pero no vacilo en afirmar que se pueden deducir consecuencias legítimas de esta misma parte de las declaraciones, la parte relativa á las dos voces, bastante en sí misma para crear una sospecha que indicaría el camino en toda investigacion ulterior del misterio.

He dicho consecuencias legítimas; pero esta expresion no traduce completamente mi pensamiento. Queria decir que estas deducciones son las únicas convenientes y que esa sospecha surge de ellas inevitablemente como el solo resultado posible. Sin embargo, no os diré inmediatamente la naturaleza de esa sospecha; deseo simplemente demostraros que esa sospecha era mas que suficiente para dar un carácter decidido, una tendencia positiva al exámen que queria hacer en el cuarto.

Ahora transportémonos mentalmente al indicado cuarto. ¿Cual será el primer objeto de nuestra investigacion? Los medios de fuga empleados por los asesinos.

¿No es cierto que podemos afirmar que no creemos ni uno ni otro en acontecimientos sobrenaturales? Las señoras Espanayo no han podido ser asesinada por los espíritus.

Los autores del crimen eran seres materiales y han huido materialmente.

¿Pero cómo? Felizmente acerca de este punto no hay mas que un modo de discurrir.

(Continuará.)

## LEONARDO EL COCHERO.

NOVELA EN SIETE VIAJES POR PARÍS.

### SEXTO VIAJE.

(Continuacion.)

*Alojamiento para dos.—Un amor heroico.—Drama en cabriolé.*

Había oido hablar de Mme Jacotot, y se decia á sí mismo que ántes de poco se pronunciaría el nombre de Mme Leonardo en el propio sentido que el de la primera.

—Vamos, ¿tu desconocido no te sigue ya? preguntó una tarde á Julieta.

No... contestó ésta, ya no me sigue.

El confiado Leonardo no vió la contraccion de labios con que habian sido pronunciadas

estas palabras.

Un mes había pasado, el siguiente estaba para concluir, y Leonardo contaba los dias, las horas, los minutos con impaciencia deseando ver llegar el fin del trimestre. No tenia otro pensamiento; éste le bullia en la cabeza y le seguía en sus viajes por el interior de París, modificándose en todas las calles, en todas las casas, en todas las tiendas.

Desde luego pensaba en la nueva casa que debía ocupar, queria que fuese alegre, agradable, que tuviera ventanas á alguna plaza, á fin de tener mas aire, comprendiendo intuitivamente que la claridad, el sol, hacen algo en favor del amor.

Si pasaba por delante de algun joyero, de algun almacen de modas, sacaba la cabeza fuera del cabriolé para inventariar rápidamente todos los objetos, todas las riquezas que se ofrecian á sus ojos, pareciéndole que podia darlo todo á Julieta.

Quiero, decia entre sí, que coma con cubiertos de plata; no mas cobre, no mas peltre. Tendremos dos de plata fina, ó á lo menos de plaqué que es lo mismo. ¿No podré darle un chal... de cachemira francesa por regalo de boda? Esto sienta muy bien á las mujeres que llevan sombrero; ¿y porqué no los ha de llevar ella? No es una obrera, es una artista, una artista que pronto será célebre como Mme Jacotot.

Al volver á su casa daba cuenta á su novia de todos sus hermosos planes, á los que cada dia sucedian nuevos proyectos mas brillantes aún.

Julieta le escuchaba con una sonrisa pensativa, pero se callaba.

¿Qué probaban aquella sonrisa y aquel silencio? por una parte el asentimiento de un corazon enamorado, por otro el pudor propio de una jóven. Esa era la interpretacion que Leonardo les daba y de antemano se embriagaba con su próxima dicha, y se dormia entre sueños dorados.

El despertar debía ser terrible.

Una noche solo en su cabriolé, pasaba por los Boulevard pensando en la publicacion de las amonestaciones, en su casamiento del que ya habia hablado á su amo y á sus camaradas, cuando una de las ruedas entró en una escavacion del piso, y del choque se rompió uno de los muelles del cabriolé.

Leonardo volvió como pudo al local del establecimiento llevando su caballo por la brida, y consolándose de esta desgracia con la esperanza de quedar libre mas temprano y encontrar á Julieta despierta aún; pero como acababa de llegar un cabriolé, cuyo cochero se había puesto enfermo, encargaron á Leonardo que reemplazara á éste y no hizo mas que cambiar de carruaje y de número.

Tal vez hubiera él podido ausentarse bajo

el pretexto de enfermedad, porque del golpe del carruaje se había lastimado una mejilla que estaba hinchada y llena de sangre. Pero severo consigo mismo y no queriendo dejar de cumplir sus deberes, se contentó con atarse un pañuelo por debajo de la barba, y sin decir palabra se dirigió á su puesto.

Caminaba, pues, ya entrada la noche y empezaba á llover, cuando una voz le preguntó si estaba vacío el carruaje. Detúvose, abrió su cabriolé, y una jóven á quien un hombre ayudó á subir entró rápidamente y se acomodó en el rincón opuesto al que él ocupaba. El jóven que la acompañaba subió á su vez y se sentó en medio.

—Al Boulevard del Temple, y de prisa, le dijo éste.

Leonardo soltó la brida á su caballo y se entregó de nuevo á sus dulces ilusiones.

La pareja permaneció al principio silenciosa, pero poco despues empezó á hablar en voz baja; y la atención del cochero puesta en movimiento por aquel confuso murmullo, le hizo fijarse para ver lo que decían.

—¿Porqué no venis á la Gaité? ¿Qué niñería! ¿Qué teneis!

Los que os vean no irán á decirlo. Vuestra sociedad no es la suya, así como su clase tampoco es la nuestra.

Ademas, tomando un palco con celosias nadie podrá veros.

El ruido de los carruajes que pasaban impidió á Leonardo oír la contestación de la jóven, cuya voz era débil y turbada.

—Si por causa de la noche estuviéseis allí á su lado... enhorabuena! continuó su compañero, respeto vuestro escrúpulos; pero ¿porqué inquietaros acerca de la hora? Si entra ántes que vos, creerá que estais acostada, dormida.

¿Quereis que vayamos á otro teatro?... Vamos no se trata de la pieza que den; pero es menester que podamos hablar á solas á nuestras anchas, y al fin tomar una resolución. Cochero, parad en el ambigú cómico.

Al volverse el jóven para dirigirle estas palabras, Leonardo tuvo tiempo de examinarle rápidamente á la claridad de los reverberos, y le pareció que sus facciones no le eran enteramente desconocidas, pero sin poder recordar donde le había visto; sin embargo un malestar instintivo oprimía su corazón, y acortó el trote de su caballo para oír mejor.

—No, contestó la jóven; jamás tendré valor para decirle que no le amo, que amo á otro.

Un sudor frío bañó la frente de Leonardo; su vista se turbó, sus manos se contrajeron, el caballo, mal dirigido entró por el Boulevard, y poco faltó para que diese con el cabriolé contra un árbol.

—Tened cuidado, cochero.

—Ya lo tengo, contestó Leonardo con una voz ahogada.

El pobre hombre había reconocido en la jóven á Julieta, á su Julieta, á su pupila, á la que debía ser su mujer.

El cabriolé de otro, el cambio de número, la cara del cochero oculta bajo un pañuelo, habían dado á los jóvenes una fatal seguridad.

Por espacio de diez minutos mas, Leonardo tuvo valor para contenerse; durante diez minutos de tortura pudo convencerse plenamente de que el corazón de Julieta no le pertenecía ya, que aquel casamiento, para impedir el cual, le faltaban las fuerzas, le causaba horror. Su vida presente, pasada, su porvenir todo estaba destruido; sus ilusiones de felicidad habían sido las de un insensato; las sonrisas de Julieta al escuchar los proyectos que desarrollaba en su presencia, solo habían sido sonrisas de lástima, tal vez de desprecio; falsedades, mentiras. ¡Ella amaba á otro!... Sin duda con un amor violento como el que Leonardo experimentaba por ella. Y ese otro Leonardo la tocaba, estaba á su lado, ese otro tenía en aquel momento pasado su brazo al rededor de la cintura de la jóven, y su mano reposaba en la de ella mientras que la hablaba...

Generalmente tan violento, Leonardo se sentía anonado, abatido, aniquilado bajo el golpe que acababa de herirle, no teniendo ni aun fuerzas para vengarse; su imaginación estaba muerta, y maquinalmente como si no hubiese sido mas que un cochero, que para ganar su salario conduce exactamente á la gente al lugar que ellas le indiquen, se detuvo delante del teatro.

Pero cuando vió al jóven sacar la bolsa con suma tranquilidad y preparase á bajar para llevarse á Julieta consigo ¡oh! entónces volvió á sentir un acceso de furor, se apoderó de él, y cogiéndole por el pescuezo, gritó:

—¡Miserable! crees que puedes pagarme bastante para que te entregue á mi hija, á mi mujer, para que te la traiga por tu orden hasta aquí! Ella me pertenece y la guardo.

Y con un brazo vigoroso, precipitándolo en tierra, Leonardo cerró de pronto el cabriolé y salió á escape con Julieta.

### SETIMO VIAJE.

*Despues de despertar—un paseo á Belle—ville el Eliseo—Desenlace.*

Al amanecer del día siguiente Julieta estaba en su cama vestida, y desordenada la cabellera. La palidez de su rostro y sus párpados inchados y encendidos manifestaban la noche que había pasado.

(Continuará)

*Establecimiento Tipográfico de Gonzalez.*